

Anabel Botella



dos instantes

algar joven

Intentaba abrir los párpados una y otra vez sin éxito. Sentía como una losa sobre mi cabeza que me impedía pensar con claridad. Al igual que me ocurría con los ojos, el cuerpo no me respondía. Incluso sentí que alguien me estaba diciendo algo, aunque no lograba entender qué era exactamente lo que quería que yo comprendiera. La cabeza me dolía tanto que deseaba que alguien me la arrancara. Más que aturdido, me encontraba muy cansado. ¿Qué me estaba pasando? Pero lo más importante de todo: ¿dónde demonios estaba?

—Chico, no te muevas. La ambulancia viene de camino —logré entender al fin.

Traté de recordar qué me había pasado. Por más memoria que hiciera, lo último de lo que me acordaba era lo que había hecho nada más levantarme.

Recuerdo haber puesto una canción en el móvil para empezar bien la mañana. «Strawberry Fields Forever» era ideal. Sonaron los primeros acordes.

*Let me take you down,
cause I'm going to strawberry fields.
Nothing is real and nothing to get hungabout.
Strawberry fields forever.*

*Living is easy with eyes closed,
misunderstanding all you see.
It's getting hard to be someone
but it all works out,
it doesn't matter much to me...¹*

Antes de que acabara la canción, oí que mi padre salía de casa.

—¡Felipe! Vas a llegar tarde al instituto —dijo mi madre desde el piso de abajo.

«¡Como si eso fuera una novedad!», pensé.

—Date prisa —insistió—. Tu padre ha dejado el desayuno en la mesa. Se te va a enfriar.

—¡Que sí, que ya voy!

Llegar tarde se estaba convirtiendo en una costumbre. De cinco días de la semana, cuatro de ellos llegaba cuando las clases ya habían empezado. No obstante, en esos momentos, no quería pensar en ello. Tenía otras cosas en la cabeza. Era el inicio de la Semana Santa, y Cristina, la chica con la que llevaba saliendo casi un año, y yo nos íbamos a ir unos días con el grupo de clase a la casa de uno de ellos en la montaña. Íbamos a celebrar la Pascua en un lugar bastante apartado del pueblo. Llevábamos más de tres semanas planeando este fin de semana largo.

1. 'Déjame llevarte allí, / porque voy a los campos de fresa. / Nada es real y no hay nada para perder el tiempo. / Campos de fresa para siempre. / Vivir con los ojos cerrados es fácil, / entendiendo mal todo lo que se ve. / Se está poniendo difícil ser alguien, / pero todo se resuelve, / no me importa mucho...'

¿Qué más le podía pedir a la vida? Me conformaba con poco.

Me moría de ganas por que llegara el sábado y que durmiéramos todos juntos en la casa de campo.

Alguien me estaba hablando. Volví a abrir los ojos, no sin cierta dificultad. Me pregunté por qué no me dejaba en paz. Me dolía tanto la cabeza que solo deseaba dormir.

—Menuda paliza te estaban dando, chico. Si no llega a ser por mi colega y por mí, a saber qué te hubiera pasado. Lo malo es que no hemos podido cogerlo. Ha salido corriendo por la cuesta del Sol.

—Ya está aquí la policía —dijo alguien que estaba a su lado.

—Te vas a poner bien.

Después, inexplicablemente, hubo un fognazo y se hizo la oscuridad. Mis recuerdos me llevaron a la única mañana que deseaba borrar de mi vida.

—¿Otra vez te has sentado encima de la ropa? —me preguntó mi madre al entrar en la cocina. Para no perder otra de mis costumbres, estaba arrugada—. Al final voy a pasar de planchártela.

Sospechaba que mi madre sabía que yo había sacado los pantalones vaqueros y la sudadera del montón de ropa que tenía encima de la silla, y la había sacudido con energía. Podía parecer un poco ingenuo, pero supuse que alguna arruga le habría quitado.

–Ya sabes lo que dicen, la arruga es bella –le di un beso en la mejilla.

Todavía seguía funcionando que la besara. Se ponía tierna y se le olvidaba por qué se había enfadado.

–Llegas otra vez tarde al instituto –comentó mi madre ofreciéndome un vaso de zumo de naranja natural y unas tostadas–. Un día te fallará todo esto de tus besos y tu zalamería.

–¿De verdad? –pregunté con la boca llena.

–No tientes a tu suerte, que nos conocemos desde hace años. Yo, mejor que tú a mí, que para eso soy yo la que te ha parido. Me voy corriendo si no quiero llegar tarde a la consulta.

Me lanzó un beso al aire y se marchó.

Alicia bajó por las escaleras cuando mi madre salía por la puerta. Pasó a la cocina. Se bebió el zumo de naranja, cogió la tostada que quedaba en mi plato y un bocata que nos había preparado mi madre.

–¡Hey! No te comas mi desayuno.

–No, perdona, *nuestro desayuno*, hermanito –contestó mi hermana–. Que tienes mucho morro y siempre te comes mis tostadas.

–Bueno, ya sabes que le debes respeto a tu hermano mayor.

–¿Mayor? Solo por cinco minutos –atacó ella.

–Cinco minutos y dos segundos –remarqué mientras tomaba el café.

Alicia me pegó un pescozón.

–Te veo en clase –me dijo ella al salir a la carrera y guiñándome un ojo–. Y, como no te des prisa, hoy también vas a llegar tarde. ¿Qué excusa has pensado dar?

—No me estreses. Todavía quedan cinco minutos.

—Sí, cinco minutos para que empiecen las clases, no para que salgas de casa —dijo dando un portazo.

Había que reconocer que, de los dos hijos de la familia Miramón Soler, yo era el desastre, el feo y el friki. No podía tenerlo todo. Por otro lado, era el listo de la familia, o eso me gustaba creer.

Mientras terminaba de desayunar, encendí el ordenador portátil para echarle un vistazo al blog. Cristina y yo llevábamos este proyecto en común desde hacía un año y estábamos a punto de alcanzar los novecientos seguidores. Hacía unos días que no lo actualizaba por estar hasta arriba con los exámenes. En segundo de bachiller nos apretaban las tuercas para aprobar la selectividad sin dificultad y, a poder ser, con nota. Me alegré cuando vi que nuestra última reseña, sobre *Algo tan sencillo como tuitear te quiero*, de Blue Jeans, había alcanzado las trescientas cincuenta visitas y tenía veintiún comentarios. Le debía mucho a *Book Lovers*, sobre todo mi relación con Cristina. A ambos nos gustaban los libros, el cine y las series, y podíamos pasarnos horas y horas comentando las últimas novedades que habían salido al mercado.

Abrí también el mail, por si había algo nuevo sobre la Blogger Lit Con,² que se celebraba el fin de semana del cinco al siete de junio. Era la primera vez que me apuntaba y ya tenía mi billete de tren comprado. Todos los años solía ver las crónicas que escribían los blogueros sobre este en-

2. Blogger Lit Con: encuentro anual de blogueros en la Feria del Libro de Madrid.

cuentro y por nada del mundo me la quería perder en esta ocasión. Ya tenía una lista con los libros que me iba a llevar para que me los firmaran algunos de mis autores favoritos.

Revisé la carpeta de spam. Abrí varios mails, en los cuales todos los remitentes eran autores recién publicados invitándonos a leer sus obras para que las reseñásemos en el blog. Decidí contestarles cuando regresara de clase. Entre todos aquellos correos, encontré el de una chica que me invitaba a pasar por su blog.

De: eldiariodemartalennon@gmail.com

Fecha: jueves, 10 de abril de 2014, 02:12

Para: booklovers@gmail.com

Asunto: Te invito a pasarte por mi blog ☺

Hola, ¿qué tal?:

Me llamo Marta, y al fin me he decidido a escribiros. Si lo he hecho, es porque llevo un tiempo siguiendo *Book Lovers*, y tengo que decir que me encantan vuestras reseñas, aunque supongo que eso ya lo habréis deducido porque mi nick es Marta Lennon y comento siempre que publicáis algo. También os escribo porque sé que sois del mismo pueblo que yo, y no siempre una se encuentra a chicos con los mismos gustos. Llevo un tiempo queriendo hacerlo, pero me daba mucha vergüenza, y al final me he animado a ponerme en contacto con vosotros. Espero que no os moleste. También quería comentaros que acabo de abrir un blog que se llama *El diario de Marta Lennon*. De momento solo tengo tres entradas, pero mi

intención es ir creciendo y tener seguidores. Os dejo el enlace, por si queréis echarle un vistazo: <http://eldiariodemartalennon.blogspot.com>.

Me encantaría teneros en mi rincón. Quizás, algún día, si os apetece, también podríamos quedar a tomar algo.

Saludos,

Marta Lennon

Oí la campana del instituto. Sonreí porque iba a batir mi propio récord; solo iba a llegar con cinco minutos de retraso. Tras darle el último trago al café recogí la mesa, metí el bocadillo que había preparado mi madre en mi mochila, me la coloqué al hombro y salí de casa. Saqué un taquito de hojas para hacer la primera grulla del día. Me gustaba la papiroflexia y dejar figuritas de camino al instituto. Siempre había alguien que se las quedaba.

En menos de dos minutos llegué a la puerta. Matías, el bedel, me escrutó de arriba abajo. Con su particular sentido del humor me dijo:

–Como siempre, llegas tarde, Felipe.

–Solo cuatro minutos.

Matías era un hombre de treinta y tantos años, pero aparentaba algunos más. Siempre iba vestido con colores oscuros, que resaltaban sus rasgos marcados.

–¿Nunca te han dicho que el tiempo es oro y que en cuatro minutos puede ocurrir algo que te cambie la vida por completo? Nunca lo olvides.

–¡Qué trascendental te pones a veces, Matías! Si solo son las ocho de la mañana.

–Para ser más exactos, Felipe, son las ocho casi y cinco de la mañana –me corrigió mirando el reloj que había dentro de su oficina.

Nunca he tenido muy claro si cuando Matías soltaba sus sentencias lo hacía en serio o si, por el contrario, se estaba riendo de mí. En cualquier caso, el bedel del Instituto Rey Carlos III era un tío de lo más extravagante.

Subí los escalones de dos en dos para llegar a primera hora de clase, como yo había previsto, con cinco minutos de retraso.

Al entrar en el aula, lo primero que vi fue el gesto serio de Cristina. Solo deseaba que no hubiera tenido problemas otra vez en casa. Sus padres no se soportaban y estaban a punto de divorciarse, pero si no lo hacían era porque ambos estaban en paro y sobrevivían gracias a la ayuda del subsidio. Cristina era quien se llevaba la peor parte por las broncas que tenían.

Me señaló el móvil. Aún lo llevaba en modo avión y desde la tarde anterior no lo había conectado.

–Buenos días, Felipe –me saludó el profesor de Lengua–. ¿Hoy qué excusa nos tienes preparada? Debo reconocer que en dos meses las echaré de menos.

–Me he tirado el café encima de la camiseta y mi madre ha insistido en que me la cambiara antes de salir de casa...

–Vale, vale, no me cuentes más rollos. Haz el favor de sentarte y atender por lo menos a la clase. Este tema entrará en la tercera evaluación.

Mientras me acercaba a la mesa, desactivé el modo avión en el móvil. Al tiempo que sacaba la carpeta de la mochila, empezaron a entrarme notificaciones. Tenía más de veinte wasaps de Cristina. Al sentarme en mi silla, le pregunté:

-¿Ha pasado algo en tu casa?

-No.

-Entonces, ¿a qué viene esa cara?

-Tenemos que hablar...

No sé por qué, pero no me terminó de gustar el tono que había utilizado y esa mirada de pena que había puesto. Es más, odiaba esa frase. El corazón me dio un vuelco antes de contestarle.

-¿En serio?